

Pavel Kohout

Mi mujer y su marido

De cómo me quedé sin casa, sin esposa
y sin partido comunista

Traducido del checo por Fernando de Valenzuela

Alianza Editorial

Título original: *Moje Žena a Její Muž*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1998 *Pavel Kobout and Albrecht Knaus Verlag within
Verlagsgruppe Random House GmbH, Munich*

© de la traducción: *Fernando de Valenzuela Villaverde, 2009*

© *Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010*

*Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es*

ISBN: 978-84-206-5149-1

Depósito legal: M. 30.432-2010

Composición: Grupo Anaya

Impreso en Efea, S. A.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El autor, a sí mismo

Índice

- 11 I. *De la cuna al altar*
- 13 1. Mi vida fue a partir de determinado momento tan vulgar y aburrida que mi biografía no me interesaría ni siquiera a mí mismo, ya no digamos a personas ajenas.
- 39 2. Cada vez que mi esposa tomaba una decisión, siempre la ponía en práctica sin el menor titubeo.
- 71 3. La fiesta de la empresa, el recorrido con el helicón a cuestras, la conversación con mi esposa, el exceso de alcohol, la primera experiencia erótica, la falta de sueño, el miedo a mis padres, el miedo a mi jefe, la segunda experiencia erótica, los primeros celos, la tercera experiencia erótica, el paseo a pie desde el Castillo hasta el Vltava, los segundos celos, la dolorosa depresión, el gozoso éxtasis y, por si fuera poco, la salvaje carrera desde el Vltava hasta el Castillo: todo aquello no podía quedar sin consecuencias.
- 95 4. Los días siguientes fueron de los más hermosos que me han tocado vivir.

- 127 5. Tras oír lo que me decía mi esposa, ni el mejor de los cirujanos habría podido sacarme una sola gota de sangre.
- 165 II. *Del altar a la cuna*
- 167 1. Mi vida fue a partir de determinado momento tan excepcional y agitada que mi biografía habría bastado para varias personas, y ya no digamos para mí mismo.
- 197 2. Encontrarse a las tres y media de la mañana de una fría madrugada de noviembre en la calle, sin esposa, sin casa y sin Partido Comunista, sin que se molesten en avisarte de que la eternidad prometida se va a quedar en sólo cuarenta y un años, eso es algo que exige una gran capacidad de sacrificio para no caer en la desesperación.
- 231 3. La felicidad que me brindaban mi abuelo y mi esposa no duró por desgracia demasiado porque se interpusieron inesperadamente en su camino tres obstáculos imprevistos: mi papá, mi mamá y el Estado.
- 267 4. Como sagaz observador, me di cuenta ya desde la escuela primaria de que a los chicos que íbamos a clases exclusivamente para varones nos esperaban cuatro etapas evolutivas.
- 305 5. Tener que volver a ocupar, después de tantos años, el pupitre de una escuela no me hacía la menor ilusión, y de camino a la dirección indicada me puse a reflexionar seriamente si no era mejor poner ya fin, sin más dilaciones, a aquel engaño.

I. De la cuna al altar

I

Mi vida fue a partir de determinado momento tan vulgar y aburrida que mi biografía no me interesaría ni siquiera a mí mismo, ya no digamos a personas ajenas. Si a pesar de eso pretendo describirla, es sólo para justificar la anterior aseveración y, sobre todo, para demostrar hasta qué punto la modificó el encuentro con mi esposa.

Pero antes de eso se produjo mi nacimiento, concretamente en Praga, para ser más precisos en la familia de mis padres. Mi padre nació aún antes, concretamente en 1920, año en el que además se produjo otro trágico acontecimiento: el primer presidente checoslovaco, cuyo nombre por eso cayó luego en el olvido, fundó, además de la República Checoslovaca, la Iglesia del mismo nombre, con la intención de poner fin a tantos siglos de enfrentamientos entre católicos, protestantes y judíos, pero en cambio, como nos explicó más tarde la camarada maestra, se dedicó a dispararles desde el Castillo de Praga a los

obreros conscientes que se negaban a ingresar en ella. Y así, por su culpa, nuestra nación tuvo que soportar durante décadas el oscurantismo capitalista, algo que yo imaginaba como una interminable noche polar.

El único rayo de luz que mi padre encontró en aquellas circunstancias fue el que provenía de la llama de la fe, que, según pude reconstruir a partir de sus relatos, él avivaba primero como monaguillo encargado de esparcir el humo del incienso, función cuyo cometido nunca llegué a entender, y más tarde desempeñando el empleo de sacristán. Pero luego, por lo que pude entender, mi padre conoció en misa a mi madre, de convicciones similares. Ella echó todo lo que llevaba en la cartera cuando él se le acercó pasando el cepillo, y para la religiosidad de ambos, multiplicada por el matrimonio, la túnica de la Iglesia no tardó en volverse excesivamente estrecha. Nunca llegué a comprender del todo la esencia del conflicto; lo que sí entendí fue que a consecuencia de él mi padre fue inmediatamente expulsado no sólo de su empleo sino además de la Iglesia en general. Mis padres se pasaron bastante tiempo soñando con fundar una Iglesia propia, como había hecho el presidente, sólo que moralmente mucho más sólida, pero se encontraron con que los demás creyentes con los que hablaron no tenían un comportamiento tan religioso como el que ellos querían y se imponían a sí mismos. A todos estos intentos les puso fin en 1948 el repentino y sin duda merecido final del oscurantismo capitalista. Fue entonces cuando se proclamó el inicio de la

inextinguible aurora boreal del socialismo, que de inmediato prohibió la creación de Iglesias nuevas y limitó considerablemente las actividades de todas las antiguas, para que ya nadie disparara por culpa de ellas contra los obreros, en particular contra los comunistas, que habían sido elegidos por unanimidad para ocupar la vanguardia.

Mi padre al final tuvo la suerte de que lo nombraran guardián de la colección de arte gótico de la Galería Nacional, donde podía rezarles a su antojo y sin peligro a todos los santos que allí colgaban, que eran muchos más que en ninguna iglesia. A su fe particular se dedicaba por la noche en casa, en compañía de mamá, más adelante incluso con el pleno apoyo del cura, ya jubilado, que antes lo había expulsado de la Iglesia y ahora, por ese mismo motivo, lo consideraba un mártir del cristianismo. Fue precisamente él, infatigable en sus explicaciones de los textos bíblicos, quien convenció a mis castos progenitores de que, cuando ya estaban a punto de cumplir los cincuenta, por fin se multiplicaran, con la esperanza de traer al mundo a un profeta. A pesar de haber sido correctamente concebido el 24 de marzo, para su decepción no nació hasta la noche de fin de año y no pudieron ponerme en el belén que tenían preparado, pese a lo cual fui luego educado tal como tenían previsto, lo que dio motivo a algunas de las dificultades con las que posteriormente me encontré. Cuando fracasaron los intentos de mi padre de convencer a las autoridades educativas de que debido a mi enfermiza timidez tenía que encargarse él mismo de

educarme en casa, hacía que al menos le expusiese todos los días lo que nos habían enseñado y decidía lo que era inmoral para que lo olvidase de inmediato.

Cuando acabé la enseñanza obligatoria, tenía previsto darme clases para que yo también fuera guardián de la Galería Nacional y él pudiera vigilarme mejor. Pero precisamente por entonces se aprobó una resolución secreta por la que el acceso a las colecciones de arte gótico quedaba restringido a las personas provistas del carné del Partido, que eran las únicas que le brindaban a la sociedad progresista garantías de que no iban a ver las imágenes de los santos para satisfacer sus instintos religiosos. El número de visitantes disminuyó rápidamente hasta reducirse a dos, que iban siempre el 6 de julio a insultar a san Wenceslao —al que seguramente confundían con el emperador Segismundo— por haber mandado a la hoguera al maestro Jan Hus. De modo que a mi padre le otorgaron la jubilación anticipada, cosa que inicialmente recibió con alegría, porque de ese modo podía dedicarse por completo a mi educación. Sin embargo, poco después fui convocado a cumplir con la honrosa obligación de servir durante dos años con las armas al bloque de la paz. La licencia que solicitó mi padre debido a mis temores enfermizos tampoco esta vez sirvió de nada, pero mi carácter y mi aspecto convencieron a la comisión médica de que mis cualidades eran especialmente adecuadas para el servicio en retaguardia, de modo que me destinaron al almacén central de calzado militar.

La aplicación y la obediencia en las que había sido educado en casa me sirvieron en la mili para satisfacer a los mandos de todas las categorías. Yo me encargaba de registrar las salidas, los movimientos y la consunción final de las botas militares destinadas a los soldados, los suboficiales, los oficiales y los generales. En una caja fuerte especial tenía guardado un par de botas blindadas para una posible visita del comandante en jefe del Pacto de Varsovia. En el campo de tiro sólo estuve una vez. La dispersión de mis disparos, debida al desplazamiento del hombro en sentido contrario al del retroceso del fusil, era tan considerable que dificultaba la valoración de aciertos en los blancos próximos e incluso ponía en peligro a profesionales de las Fuerzas Armadas situados a gran distancia de los reclutas que participaban en el ejercicio. Eso contribuyó a que el comandante de la división emitiera un orden especial en virtud de la cual, por motivos de seguridad pública, se me envió aquella misma noche de regreso a casa de mis padres.

Tras haber concluido mi servicio a la patria en sólo dos meses, fui enviado por el ejército a la reserva como encargado de almacén en las obras de construcción del metro. A pesar de que había regresado a la vida civil, en la práctica mis objetivos militares seguían siendo los mismos. Registraba las entregas, los desplazamientos y la consunción final de las botas de goma destinadas a los obreros, los capataces, los directores de obras y las comisiones de inspección. Para una posible visita del secretario

general del CC del PC de la URSS guardaba en un cajón blindado un par de botas realmente impermeables. En las obras tampoco estuve más que una sola vez. Por una parte mi inexperiencia y por la otra mi consagración al trabajo hicieron que, dedicado como estaba a registrar los desplazamientos de las botas, pasara por alto los carteles de advertencia y llegara hasta el final del túnel precisamente cuando lo estaban dinamitando. Una vez liberado de debajo de la avalancha de piedras, empecé a padecer con cierta frecuencia sensaciones de angustia y otras, pero el trabajo en la oficina lo seguí desempeñando a plena satisfacción, tanto de mis padres como de mis superiores. Y con la misma monotonía, sin que sucediera nada fuera de lo corriente, sin la menor señal de que fuera a producirse algún acontecimiento, transcurrieron las semanas, los meses y los años de mi vida hasta que llegó aquel día excepcional que marcó mi destino, cuando por primera vez vi a mi esposa.

Aquello se produjo en una fiesta organizada por la dirección general de nuestra empresa, a la que tuve que asistir porque mi jefe me había encargado controlar las invitaciones. Nunca olvidaré cuánto tiempo pasó mi padre, inmóvil, relejendo la orden que me habían dado por escrito, ni cómo mi madre, tras haberme dejado bajo la lívida luz de los carteles de neón, a la entrada del salón de baile, exclamó mi nombre y volvió junto a mí para hacerme por cuarta vez en la frente, con su dedo tembloroso, la señal de la cruz. ¿Fue una casualidad o un presentiti-

miento? Dios lo sabe. Lo cierto es que yo no presentaba nada. Recortando con la mano izquierda los cupones de las entradas cuya validez había comprobado y entregándoselos con la derecha a los que abandonaban momentáneamente el local para que pudieran volver a entrar, yo iba añadiendo al cementerio de las anteriores unas cuantas horas aburridas y monótonas más, mientras en el aire restallaban los sonoros tonos de los instrumentos musicales, uno de los cuales, precisamente el más sonoro de ellos, iba pronto a sonar sólo para mí. Llegados a este punto, conviene informar de que la músicaailable, por decisión de los directivos de la empresa, corría a cargo de una orquesta de señoritas.

Cuando la sesión estaba a punto de concluir, vino a buscarme mi jefe, que quería hablar conmigo en confianza, de hombre a hombre. Me reveló que había cometido el error de prometerle a una de las integrantes de la orquesta que la llevaría a casa con instrumento y todo. Y que para colmo de casualidades poco después había conseguido que la secretaria del director general se comprometiese por fin a enseñarle sus trabajos manuales, algo que llevaba mucho tiempo intentando, según me confesó, porque muchos de sus colegas hablaban de ellos en términos muy elogiosos. Y como el único de los encargados de la organización que quedaba en pie era yo, me dijo, quería pedirme un favor de amigo. Reconozco que su petición fue para mí dolorosa, porque la secretaria del director general, una mujer imponente en la flor de su

edad, despertaba en mí desde hacía tiempo sentimientos de ternura fraterna que yo, como hijo único, no tenía a quién dedicar. Pero no podía rechazar la petición de mi superior, de modo que, con todo el dolor de mi corazón, acepté el encargo. Tal como finalmente se demostró, el instrumento en cuestión era un helicón, y tal como se demostró aún más tarde, la integrante de la orquesta era mi esposa.

El viaje hasta su casa transcurrió sin incidentes. Mi esposa, en el asiento delantero, charlaba alegremente con el taxista, que ya había recibido el importe del viaje y que debía ser camarada suyo, porque lo tuteaba desde que llegó, mientras yo, en el asiento trasero, me dedicaba a cuidar del helicón. El enorme instrumento empezó al cabo de un rato a apoyarse con fuerza sobre mi hombro como una persona cansada, y yo experimenté por primera vez una especial excitación a la que, pese a todo, conseguí resistirme una vez más. Además, ya habíamos llegado a nuestro destino, una bella casa sobre la cual se erguía la oscura silueta del Castillo de Praga, y yo ya me había hecho a la idea de atravesar la ciudad corriendo, porque mi jefe se había olvidado de pagar el viaje de regreso y yo carecía por completo de dinero, ya que, debido a mi enfermiza ingenuidad, la que se encargaba de cobrar mi sueldo era mamá. Esperé pacientemente a que mi esposa se pusiese de acuerdo con su camarada, que rechazaba su invitación a tomar café argumentando que la última vez había tardado dos días en prepararlo, con la consiguiente merma en

sus ingresos. Cuando por fin bajó irritada del coche y él desapareció a toda velocidad, yo extendí hacia ella los brazos para entregarle el helicón, al tiempo que le deseaba buenas noches. Sus ojos brillaron aterrorizados. Más tarde me confesó que le había parecido que le hablaba su instrumento. Luego me divisó a mí detrás de él y me observó con detenimiento. Después abrió la puerta de la casa y me dijo riendo que tuviera cuidado de no cargarme la barandilla. Antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, ya habíamos llegado a una amplia buhardilla cuya decoración consistía esencialmente en botes vacíos de pepinillos con diversos modelos de barcos contruidos en su interior. Me indicó que me pusiese cómodo mientras ella se cambiaba de ropa y preparaba el café. Acto seguido, desapareció tras una cortina.

Recordé con temor las palabras del taxista y el susto se transformó en miedo al darme cuenta de que estábamos completamente solos. Me aferré instintivamente al helicón y me quedé de pie en medio de la habitación. No sé si el zumbido provenía de la ducha o si era mi propia sangre, que arrastraba cualquier idea de mi cerebro; ni siquiera sé si estuve allí tres minutos o tres horas, hasta que volvió a correrse la cortina y entró en la habitación mi esposa con una bata brillante de color naranja, llevando a modo de bandeja un disco y encima de él dos frascos de mostaza llenos de café hirviendo. Se detuvo sorprendida. Volvió a examinarme detalladamente como si fuera la primera vez que me veía. Después depositó pensativa su olo-

rosa carga sobre la alfombra, ella misma se sentó a su lado y mientras revolvió el café con el mango de un cepillo de dientes empezó a hablarme, con frases sencillas, sobre sí misma y sobre su instrumento.

Sus palabras, pronunciadas en voz baja y en un tono que me sonaba familiar, iban dibujando a rápidos trazos la colorida imagen de una niña que empezaba por aprender a tocar la flauta, primero para imitar el canto de los pájaros y, más tarde, proseguía su relato, para coronar con alegres trinos las composiciones de los antiguos maestros en la penumbra de los coros de las iglesias y las salas de conciertos. Pero el tiempo bajó el telón y cambió el mundo, como a su juicio había sentenciado con acierto un amigo poeta, y a las orquestas de cámara vestidas de frac y trajes de noche no les era fácil tocar marchas en las manifestaciones de las masas revolucionarias. De modo que mi esposa cambió la flauta por el helicón y se incorporó a una banda militar. Y luego, una vez más según palabras de su amigo, cuando el nuevo tiempo quiso cosas nuevas y las masas empezaron a decantarse por cualquier otro ritmo que no fuera el de las marchas, ella siguió por si acaso fiel a su nuevo instrumento pero optó por afincarse definitivamente en una orquesta de señoritas.

El relato de mi esposa, ricamente adornado con fragmentos de poesía, tuvo sobre mi nerviosismo un efecto apaciguador, y así fue como al cabo de poco tiempo yo también descansaba sobre la alfombra, en efecto, y que incluso permití que por fin me quitara el helicón y lo col-

gara sobre el amplio diván donde parecía tener su sitio habitual, cual fiel animal que ansía la proximidad de su ama. Poco después me sorprendí pensando en que me gustaría colgar en su lugar, al menos durante una noche. No es de extrañar que el rubor cubriera mi rostro y que mi esposa me preguntara preocupada si me pasaba algo. La única excusa que se me ocurrió fue que tenía calor. Ella me explicó, con todo tipo de disculpas, que si abría la ventana el frío podía hacer que sus labios perdieran la fuerza necesaria para tocar su instrumento, y no paró de insistir, amablemente, hasta que me convenció de que me quitara no sólo la chaqueta sino también la camisa. Para que no me sintiera ridículo, afirmó, se quitó su reluciente bata y se sentó frente a mí en un pijama a rayas que, según me dijo suspirando, era lo único en su solitaria vida que le recordaba la existencia de los hombres.

Si el inesperado desarrollo de los acontecimientos me produjo cierta confusión inicial, no tardé en sentirme completamente anonadado al comprobar que, con la camisa, parecía haberme despojado también de la timidez. Al poco tiempo ya estábamos hablando sin el menor reparo sobre la historia de nuestras vidas. Yo le confesé que, a pesar de que ya había llegado a una edad relativamente adulta, aún no había tenido ninguna relación estable, porque las chicas a las que había conocido preferían a otros chicos que tuvieran una profesión más interesante, unos ingresos mayores, un cuerpo más robusto y una forma de ser más divertida. Mi esposa me confesó, en cam-

bio, que éstos eran precisamente los hombres que siempre la habían incordiado, aunque lo que ella deseaba era compartir la vida con alguien completamente distinto, a ser posible parecido a mí. Su elevada estatura y la amplia bóveda de su pecho, producto del constante ejercicio con los instrumentos de viento, hicieron que quienes inicialmente manifestaban por ella un cálido interés acabaran por considerarla excesivamente independiente y decidieran al poco tiempo abandonarla, fríamente, sin remordimiento alguno. Su horario nocturno también incidió negativamente. Aquellos que estaban dotados de especial vivacidad y vigor, así lo reconoció ella expresamente, no estaban dispuestos a esperar hasta las cuatro de la mañana y preferían buscar el placer en compañía de otras chicas cuya jornada laboral fuese diurna. Más de una vez, incluso, no habían dudado en utilizar para sus reprobables aventuras aquel mismo apartamento, cuyas llaves les había confiado con la seguridad de que los encontraría esperando con ansia su llegada. Aquellas experiencias tuvieron naturalmente un efecto depresivo en mi esposa y faltó poco para que decidiera dedicar el resto de sus días exclusivamente a su instrumento. Pero ahora, confesó, tras conocerme a mí, tenía de pronto la sensación de que aún no había llegado ni el fin de los días ni el fin de los hombres.

Acostumbrado como estaba al severo orden que imperaba en casa de mis padres, me sentía a gusto en una vivienda que era un elocuente reflejo del alma de una mujer, más aún, de una artista. Me gustaba la cama, siempre

sin hacer y siempre acogedora, las botellas vacías que ocupaban la totalidad del escritorio y las tazas de café repletas de colillas al pie del atril junto al que sin duda se ejercitaba con empeño. Ella, en cambio, se sintió visiblemente emocionada cuando a pesar de sus protestas me puse el delantal y en menos de una hora acabé con las montañas de platos sucios que llenaban el fregadero, el lavabo, el bidé y la bañera. En compensación, ella abrió una botella de un destilado llamado whisky y se quedó muda de sorpresa cuando la rechacé, alegando con voz entrecortada que hasta entonces sólo una vez había cometido la imprudencia de aceptar una bebida alcohólica, cuando mis compañeros de colegio me obligaron a dar un trago de vino de frutas, a resultas de lo cual estuve en cama una semana entera, con gran vergüenza por mi parte.

Mi esposa estaba excitada. Era la primera vez en muchos años, dijo, que en este asqueroso mundo alguien hacía algo por primera vez con ella, y no paró de insistir en que al menos tenía que oler el destilado aquel. El ambiente de aquella noche mágica hizo que yo acabase por aceptar. Nos pusimos los dos de pie, chocamos ceremoniosamente nuestras copas y por primera vez dejé que penetrase en mi nariz el perfume del alcohol. En el rostro de mi esposa apareció una leve sonrisa y el bronce del helicón, que hasta entonces apenas emitía un ligero resplandor en la penumbra, lanzó varios rayos deslumbrantes. Pero eso fue todo. Mientras oía las campanadas del reloj de la casa, que anunciaba majestuoso las tres de la mañana, com-

prendí con una mezcla de orgullo y espanto que acababa de atravesar irremisiblemente la frontera de mi inocencia y que si no emprendía de inmediato el camino de regreso a mi lugar de origen pronto llegaría el momento en el que ya no habría marcha atrás. Reuní todas las fuerzas que me quedaban y haciendo una reverencia le di a mi esposa, con voz temblorosa, las buenas noches. Con sus ojos fijos en los míos, respondió de inmediato que ése era también su deseo. Se acercó de inmediato a mí y, sin el menor preaviso, me besó directamente en la boca.

No puede decirse que yo careciera por completo de experiencias en aquel sentido. Desde pequeño disfrutaba con locura besando a mi tía Elisa. Y dado que sólo tenía ocasión de hacerlo cuando ella me cogía en brazos para sacarme de la bañera, me las ingení para que aquella costumbre se prolongara hasta que cumplí los quince años. Fue entonces cuando, desafortunadamente, nos sorprendió mi madre, que no dudó en ordenarle a su única hermana que no volviera a visitarnos hasta dentro de siete años para evitar que su presencia tuviese efectos negativos en el desarrollo de mi adolescencia. Desgraciadamente mi tía se ofendió y nunca más volvió a vernos, pero la avalancha, una vez puesta en marcha, siguió avanzando.

Antes del inicio del décimo curso de la enseñanza básica tuve que participar en uno de aquellos campamentos de verano que se organizaban con motivo de la cosecha del lúpulo y al que, una vez más, no se le permitió asistir a mi padre, a pesar de lo mucho que insistió en mi enfer-

miza dependencia con respecto a los miembros de mi familia. Una tal Paulova, alumna del último curso, consiguió convencerme casi todos los días, con los pretextos más diversos, de que abandonase el dormitorio de los chicos y me dejase besar por ella en el establo. Una noche fuimos sorprendidos por la camarada maestra encargada de mi clase, que llevaba desde la mañana escondida con ese propósito en el pajar, y a la Paulova le pusieron un suspenso por su mala conducta, en vista de que llevaban ya cuatro años advirtiéndole de que no se dedicase a pervertir a los alumnos que aún no habían recibido de sus pedagogas la formación adecuada. Gracias a eso, y también a mis encarecidos ruegos, mis padres no fueron informados de los acontecimientos, lo cual seguramente salvó mi vida y las de ellos.

No menor, y además nada disimulado, fue el interés que más tarde manifestó por mí la capitana Kverkova, jefa del pelotón auxiliar femenino, que entraba varias veces al día en mi despacho y, aprovechándose de mi obligación de saludarla, como soldado raso, en posición de firmes, se sentaba en mi silla y me ordenaba que continuase calculando sobre sus rodillas las existencias de calzado militar destinado a la defensa de la paz. Ante el peligro de recibir una sanción disciplinaria —Kverkova era entre otras cosas la mujer del oficial que estaba al mando de la división— se lo conté todo a mi superior inmediato, el teniente Lansky, que trabajaba en la habitación contigua. El teniente oyó atentamente mis quejas y se hizo car-

go de la situación. Instaló debajo de mi mesa un sencillo instrumento de transmisión de señales que yo podía manejar con las piernas. En cuanto recibía la señal, entraba en mi despacho y ahuyentaba así la amenaza latente. Al cabo de unos días, la capitana Kverkova optó por dirigirse directamente a su despacho. Agradecido, yo me ofrecí a prestarle al teniente el mismo servicio. Pero él, orgulloso, lo rechazó, y al cabo de un tiempo fueron sorprendidos ambos por el mismísimo general de división. El teniente Lansky se vio obligado a pedir la baja en el ejército y no sobrevivió a la simple idea de volver a su profesión original, de la que ya sólo recordaba que empezaba por P; y como lo habían obligado a devolver el arma reglamentaria, no tuvo más remedio que suicidarse de un infarto. Aquello me confirmó una vez más que honra no hay más que una, y que se debe conservar para el amor al que uno se entregue plenamente.

A decir verdad, no tenía excesiva prisa por encontrarlo, y menos aún por llegar al matrimonio. El ejemplo de mis compañeros de colegio, de mis compañeros de mili y de mis compañeros de oficina, que se casaban en masa sólo para librarse de la educación física, de la mili o de los impuestos, y que al poco tiempo se divorciaban peor o mejor y quedaban condenados a dedicar durante veinte años la mayor parte de sus ingresos a la manutención de sus descendientes, era suficientemente claro. A diferencia de otros, no me parecía vergonzoso seguir soltero a los veinticinco. Gracias a mis padres, que con prudencia pero

en detalle me habían advertido al respecto, especialmente con su propio ejemplo, sabía que tenía tiempo de sobra al menos hasta los cuarenta, y ésa era una certeza que no habían conseguido poner en duda ni los apasionados abrazos de tía Elisa, ni los agresivos labios de mi compañera Paulova ni el acogedor regazo de la capitana Kverkova. Pero el modo en que me besó por primera vez mi esposa barrió de una sola vez todas las barreras de mis convicciones y mis principios. Es una pena que yo no maneje las palabras necesarias para describirlo en detalle, aunque sea de manera imprecisa. Sólo me sirve de consuelo saber que no habría podido hacerlo aunque las manejase, porque me desmayé.

Cuando recuperé la conciencia, yacía desnudo en el diván y mi esposa respiraba pausadamente a mi lado. Inmediatamente advertí que se había producido un cambio esencial en su aspecto, pero tardé una hora larga en darme cuenta de ello en toda su plenitud: ¡A lo largo de toda mi esposa, desde los pies hasta la cabeza, no había el menor rastro de ningún tipo de pijama a rayas! Conteniendo la respiración, comprendí por fin que estaba viendo por primera vez en mi vida a una mujer desnuda y además, cosa que por entonces difícilmente habría podido intuir, a mi propia esposa desnuda. Observé durante largo rato su atractivo cuerpo, incapaz de creer que yo, un sujeto tan vulgar, hubiera podido conquistar a un ser tan excepcional. Y de pronto algo crujió dentro de mí. ¿De verdad había logrado conquistarla? ¿Y si hubiera fallado durante

aquel primer gran examen amoroso, al que además me había presentado absolutamente desmayado?? No tenía duda alguna acerca de que mi esposa, mientras buscaba en vano un alma gemela, se había abrazado a más de un cuerpo. En efecto, hablaba con desprecio acerca de su vigor físico, carente del sustento que sólo el más puro sentimiento puede otorgar, ¿pero no sería aquélla una de esas ilusiones incapaces de sobrevivir al impacto de la realidad? ¿Y tendría en cambio mi sentimiento puro la fuerza física necesaria para saciar el apetito amoroso que su beso había puesto en evidencia y que sin duda se había despertado en brazos de los mencionados atletas insensibles? En resumen: ¿Tendría para ella mi alma cuerpo suficiente? Pero todas aquellas sensaciones se vieron reemplazadas por otra más desgarradora cuando los primeros rayos de sol iluminaron el despertador, que marcaba inexorable las seis de la mañana.

Imaginé que estaba en casa de mis padres viendo cómo aquellas dos personas mayores, desesperadas, observaban aterrorizadas mi cama, que por primera vez desde mi nacimiento se había quedado vacía, a pesar de que yo estaba en Praga, salvo los dos primeros días de mi servicio militar, cuando aún tenía que dormir en el campamento; mi padre y mi madre hicieron entonces guardia permanente bajo las ventanas del cuartel, de noche y de día, por si necesitaba recurrir a su consejo o su ayuda. ¿Qué les diría? ¿Se lo confesaría todo? Imaginaba las quejas de mi madre y los hombros caídos de mi padre, la tristeza inmensa de

aquellos que habían depositado en mí sus únicas esperanzas a lo largo de toda su vida. ¿Pondría alguna excusa? ¿Les mentiría? ¡Claro, era una idea estupenda! Le pediría a mi jefe que atestiguara que la fiesta se había prolongado hasta muy entrada la madrugada y que yo no podía abandonar mi puesto. Afortunadamente, nunca hasta entonces les había mentido, y eso haría que mi versión fuese más creíble... ¿pero cómo explicárselo a mi jefe, que había dejado en mis manos a mi esposa y al helicón, confiándome la responsabilidad de ponerlos a salvo, sin ningún percance?

La segunda idea era aún peor que la primera. Mis padres me castigarían, pero podía contar con que algún día me perdonaran, teniendo en cuenta sobre todo que las noticias sobre las culpas en las que había incurrido nunca sobrepasarían el umbral de nuestro hogar. En el caso de mi jefe, corría el peligro contrario. Por aquel desliz no podía ni quitarme las pagas extraordinarias ni abrirme un expediente, ya que había sido cometido fuera del horario laboral y de la sede de la empresa. Pero en cambio —y eso era mucho peor— podía difundir la noticia por todos los despachos y las oficinas de la empresa. Yo era consciente del maligno placer con que recibía mis informaciones sobre la vida íntima de nuestros compañeros de trabajo, impotentes ante mi inmaculada conducta, y de la perversa alegría con que les transmitía de inmediato mis noticias, aun en mi presencia, a sus amigos y a sus superiores. ¡¡No!! Confesarle mi secreto a él sería como ponerse uno mismo

en la picota. Aquello que había sido para mí desde mi infancia tan importante, a lo que tanto esfuerzo había dedicado, lo que más había cuidado y atesorado, mi honra, la única riqueza de mi insulsa y aburrida vida, lo único que me confería cierta personalidad y que sobre todo me permitía conservar la esperanza de encontrar alguna vez a alguien capaz de valorarla, de aceptarla como el más valioso de los presentes y de ofrecerme a cambio su propia persona, estaba de pronto en peligro, en duda y a merced de la fortuna, perdía de pronto cualquier sentido, como acertadamente nos explicaron en un cursillo de formación política, se convertía en algo tan absurdo como un futuro feliz sin comunismo.

La mayoría de las mujeres en las que a veces me atrevía a pensar mientras trabajaba —a partir de las experiencias adquiridas con mi tía Elisa, con mi compañera de estudios Paulova y con mi capitana Kverkova, me había decantado por las mujeres robustas, superiores a mí en carácter, peso y edad, para satisfacción de ambas partes—, casi todas las integrantes de la dirección de la empresa a las que yo admiraba, no les planteaban a sus amantes ocasionales demasiadas exigencias. Yo sabía que por sus regazos habían pasado procesiones enteras de hombres muy variopintos; que durante una o más noches habían encontrado cálido reposo allí tanto mi jefe como nuestro director general, tanto el encargado del garaje como el de las calderas, cuya única cualidad destacable eran sus cien kilos de peso, de los cuales al menos la mitad correspon-

dían a su barriga de bebedor incansable de cerveza. Pero en cuanto alguna de ellas empezaba a pensar en un futuro marido, se convertía en la más exagerada de las puritanas.

Desde el servicio de caballeros, separado apenas por un fino tabique del sitio donde ellas se maquillaban, oí más de una sustanciosa conversación en la que tanto mi jefe como el director general, el encargado del garaje y el de las calderas eran calificados con un término que demostraba que no tenían por ellos, a pesar de los pasajeros arrebatos sensoriales, el menor de los respetos. Era evidente que sólo estaban dispuestas a sacrificar su apellido de solteras por alguien que les diera a cambio otro libre de toda mancha, un apellido del que pudieran sentirse orgullosas ante sus parientes y amigos, un apellido que les diera prestigio y despertara la envidia de todo el mundo. A través del fino tabique oí personalmente una vez a la mismísima secretaria del director general afirmar textualmente:

—¡Es una tragedia, queridas, pero de todos los hombres que hay aquí, el único que no es un cerdo se llama por desgracia Guillermito Gelatina!

He de reconocer que, en efecto, por entonces llevaba ese nombre ridículo y poco digno que he mencionado. Volví a recordar la frase de aquella apetecible mujer cuando un rayo de sol que recorría el apartamento de mi esposa hizo brillar una vez más el bronce del helicón que colgaba sobre nuestra cama. En aquel siniestro instrumento, el causante de mi pecado, nos reflejábamos el diván y no-

sotros, que yacíamos en él, como en uno de esos espejos curvos que deforman las figuras de quienes recorren la casa de la risa. Nuestros cuerpos desnudos parecían reflejarse allí aún con mayor desvergüenza, de modo que la repugnancia y la pena me hicieron cerrar los ojos. En aquel momento estaba convencido de que mi situación no tenía escapatoria y de que mi vida carecía de cualquier justificación. No pude contenerme y de mi pecho se escapó un sollozo. Y luego oí, justo a mi lado, aquella voz peculiar, y de inmediato supe sin la menor duda que me recordaba al sonido que produce el papel de embalar cuando se arruga.

—¿Pero qué es lo que nos ha pasado?

Volví la cabeza y abrí los ojos. La horrenda caricatura desapareció. Vi nuevamente aquella boca apasionada adornada por una ligera sombra de bigote, la mandíbula enérgica, el cuello firme y todas las demás curvas del atlético cuerpo de mi esposa.

—¡Ay, por Dios —dijo maravillada—, pero si se nos ha puesto a llorar...!

Hasta entonces ninguna mujer, exceptuando a mi madre, mi tía Elisa, mi compañera de colegio Paulova, mi capitana Kverkova y mis camaradas maestras, me había visto llorar. Me tragué valerosamente las lágrimas y procuré con todas mis fuerzas contenerme, pero no sirvió de nada. Porque a todos mis sombríos pensamientos se añadió de pronto otro que los acalló por completo.

—¿Qué pensará usted ahora de mí...?

—¿Y qué iba a pensar...? —me respondió ella, en un tono totalmente sincero.

—Es la primera vez que la veo... y enseguida me dejó invitar a su casa... y ahora... ahora aquí... aquí estoy en la cama...

Se incorporó; su voz transmitía cierta sensación de temor.

—¿Es que no te gustó, bichito?

Le respondí con sollozos. Inquieta, reiteró la pregunta.

—Me... me gustó... —conseguí por fin responderle, y oculté la cara entre las manos al darme cuenta de que me estaba sonrojando.

—¿Y entonces, por qué lloras?

—Porque... porque yo no soy así...

—¿Así, cómo?

—De esos... que se acuestan con cualquiera...

Las palabras con las que intentó consolarme confirmaron mis peores temores.

—¿Y qué problema tienes, bobito? ¡Yo soy una mujer moderna y tú, al fin y al cabo, eres un hombre!

—¡No! —grité, y en un nuevo ataque de llanto volví a decirle—, ¡yo no soy, no soy de éstos!

Me quedé aterrado al ver que no me respondía de inmediato. Luego sentí que sus manos se aferraban a las mías. Intenté resistirme, pero fue en vano. Era más fuerte que yo y sin el menor esfuerzo me las apartó de la cara. A través del velo de las lágrimas pude ver sus ojos. Su expresión era seria, algo la intrigaba profundamente.

—Oye —dijo—, ¿cuántas veces has...?

El juego había terminado y yo había caído en la trampa. Mis manos estaban sujetas como por dos tenazas, de modo que opté al menos por agachar la cabeza y apoyarla contra el pecho, igual que en los días de mi primera locura, cuando mi tía Elisa me frotaba en la bañera por detrás y por delante y repetía con voz temblorosa:

—Guillermito, tienes un cuerpecito como de muñeca...

—¡Válgame Dios! —volvió a hablar ahora mi esposa, y en su voz pude reconocer un tono que nunca antes había oído—. ¿Será posible?

Habría preferido morirme antes que emitir algún sonido. Con la cabeza agachada, esperaba que pronunciase mi sentencia. Aferró entonces mis dos manos con su mano izquierda, mientras con la derecha, suavemente pero con gesto decidido, me levantaba la cabeza. Su mirada era increíblemente tierna.

—O sea, que eras virgen... —dijo en un tono aún más brusco, en el que sin embargo mi infalible instinto masculino descubrió que no era más que un intento de ocultar su emoción—, o sea, que has estado esperando hasta ahora a que llegara yo...

No pude resistir su mirada y asentí con la cabeza.

—¿Y entonces por qué lloriqueas?

Las ideas que se retorcían dentro de mí como un nido de serpientes desde que me había despertado se convirtieron de pronto en palabras. Con los ojos cerrados, para no perder el coraje, le solté la historia de mi vida con toda su

vulgaridad y su simpleza, sin omitir ni a mi madre, ni a mi tía Elisa, ni a la Paulova, ni a la capitana, ni siquiera a ella misma, aunque hablar de ella fue lo más difícil de todo. Con una vivacidad que me sorprendió a mí mismo, dibujé ante ella, sin más que mis propias palabras, el estremecedor retrato de una persona que hasta la noche anterior no tenía más que su propia honra y que la pasada madrugada había perdido hasta eso, de modo que ahora, además de la indignación de sus padres, no podía esperar otra cosa que oír, a través del fino tabique que separa los servicios de los hombres de los de las mujeres, la voz de la secretaria del director general, diciendo:

—¡Queridas, es una tragedia, hasta Guillermito Gelatina ha resultado ser un cerdo!

Se hizo el silencio. Yo había dejado de hablar, pero comprobé con temor que ella tampoco decía nada. Comprendí que no tenía otra alternativa que vestirme, despedirme en voz baja y, con la cabeza ya para siempre gacha, enfrentarme a mi propia vergüenza. De pronto sentí que sus brazos me rodeaban y me atraían hacia su majestuoso pecho.

—¡Tontito! —dijo mi esposa con una ternura que yo nunca habría esperado de ella—. ¿Eso es lo que te preocupa? ¡Entonces basta con que me case contigo y todos los charlatanes tendrán que cerrar el pico!

Las lágrimas, que se me volvieron a saltar cuando su cuerpo se tumbó sobre el mío, fueron esta vez de pura felicidad.

Y así fue como mi esposa se convirtió en mi amante.